

REFLEXIONES PARA UNA PSICOLOGIA DEL CONOCIMIENTO

Rafael Redondo Barba

INTRODUCCION

Cuando emitimos un juicio sobre la naturaleza o los atributos de un objeto, tal juicio, por lo común, suele implicar cierto grado de conocimiento acerca de dicho objeto, una aproximación bien a su esencia, bien a sus cualidades o propiedades; damos cuenta sobre él, o razonamos sobre él.

Sin embargo, un problema crucial radica en saber si aquellos rasgos que capto en el objeto (o que capto “del” objeto), por ejemplo su color o su movimiento pueden deberse bien a que las propiedades del mismo sean las que determinan mi/su conocimiento, o bien, por el contrario, que sean las condiciones o disposiciones particulares de mi entendimiento como sujeto cognoscente —“asimilando” en sus esquemas intelectivos las notas externas que el objeto ofrece a mis ojos— las que determinen mis juicios acerca de él.

La cuestión, en otros términos, podría formularse de estos modos: ¿Las formas en que la percepción nos muestra al objeto en tanto que “otro”, responden a su contenido específico? ¿El color, la percepción de movimiento, tienen autonomía propia? ¿No será que la captación de tales características dependen exclusivamente del sistema receptivo que el sujeto receptor posee, según sean su índole, naturaleza o especie?

Lo “otro”, sus notas, atributos y características, poseen un contenido propio: color, volumen, temperatura y densidad; pero ¿cuáles son y cómo son las facultades —“mecanismos”— que adopta el entendimiento humano para poderlas conocer y diferenciar como propiedades de lo “otro” en cuanto “otro”?

No pretendemos aquí proporcionar una respuesta filosófica a tales cuestiones, formuladas ya, de modo parecido por las filosofías griega y medieval; sin embargo, sí queremos proyectar cierta luz acerca de las mismas desde el ángulo de la Psicología.

Lo que en este trabajo pretendemos, consiste en analizar ciertos aspectos perceptuales, a través de ciertos marcos teóricos de la Psicología de la Percepción, utilizando como modelo las respuestas de movimiento (K) del Psicodiagnóstico de Rorschach.

En las páginas que siguen, iniciaremos nuestro discurso contemplando el lugar de la Psicología en el ámbito de la Epistemología, para, posteriormente, abordar de modo empírico-crítico, los diversos enfoques que vienen llevándose a cabo sobre la percepción de movimiento en el Rorschach, respaldados por sus consiguientes teorías; fundamentalmente el Conductismo, el Cognitvismo, la Psicología Proyectiva y la Teoría de la Gestalt.

PRIMERA PARTE

REFLEXION EPISTEMOLOGICA

ESBOZO HISTORICO

Fue Mario Bunge (1) el que afirmó que la existencia y eficacia del Método Científico es un hecho constatado en la misma práctica científica, pero que sería erróneo pensar que ésta se agota dentro del conjunto de reglas que constituyen el método científico. “Esa es la razón —añade— por la que el método no suple al talento sino que lo ayuda... La persona de talento crea nuevos métodos, no ocurre a la inversa”.

Desde otro ángulo, tanto la formulación de dichas reglas como, los cauces normativos establecidos por la Filosofía de la Ciencia, evidencian una constante mutación producida no sólo por la propia actividad científica, sino también por su propia dinámica interna, así como por la evolución del marco filosófico circundante. De ahí que, como decía Elkana “cada cultura posee su propia ciencia” y el Método Científico sea, pues, un producto histórico.

Estas afirmaciones, siguen todavía impactando a ciertos ambientes universitarios occidentales, forjados en “los siete pasos del conocimiento científico”; principalmente si se tiene en cuenta que desde el siglo diecisiete, la Ciencia ha venido a resultar como una religión alternativa.

La concepción occidental acerca de la naturaleza de la ciencia, ha venido sosteniendo el dogma del especial método para alcanzar la verdad inherente a sus postulados; las escuelas, institutos y universidades, han expandido el mito de que la verdad científica está libre de prejuicios y es “objetiva”, alcanza por igual a todas las culturas y es inalterable en el espacio y en el tiempo. Por todas esas razones, el mito llega también a sostener que cualquier rama del saber que no puede utilizar el método de la ciencia es, a su vez, incapaz de lograr el conocimiento objetivo. Y aquí, donde se dice “objetivo”, queremos decir “inmutable”. Sin embargo, lo realmente sorprendente, radica en la constatación histórica de que la verdad científica, ha venido experimentando cambios sustanciales desde los tiempos de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Dalton; mientras, por otra parte, el mito de la ciencia inmutable sigue impertérrito, libre de mutación, sólido y persistente, a pesar de los influjos socioculturales.

Ya hace algunas décadas, el mito del saber científico fue criticado por algunos filósofos de la ciencia; hasta incluso en los seminarios eclesiásticos, si bien por motivaciones de otra índole específica, se comenzó a enseñar en sus

cátedras que “el saber no es unívoco sino análogo”. Como consecuencia de esa irrupción crítica, se inició la instauración de un nuevo enfoque del saber científico como empresa del conocimiento humano. Un nuevo enfoque cuyos métodos y técnicas evolucionan en el sentido en que lo hace la dinámica social de los grupos que componen la comunidad científica. La innovación de los conceptos científicos tienen implicaciones significativas para la psicología, y, más particularmente, para el campo de la investigación psicológica. Sin embargo, en el campo de la psicología académica, no sólo se han ignorado sistemáticamente la historia y la filosofía de la ciencia, sino que estas materias, en el momento que escribimos, han sido rechazadas de los planes de estudio de las universidades españolas, como “cosas de filósofos”.

No hay más que observar las publicaciones de los últimos diez años en materia psicológica, así como analizar la dinámica de las oposiciones a titularidad o cátedra, para comprobar hasta que punto los dogmatismos de escuela se centran en el mito científico. Un mito impuesto de modo jerárquico, acorde con los escalones burocratizados de una concepción funcional de la universidad, cuya consolidación está de más afirmar que supone un riesgo para el pensamiento creador. Consideramos útil un receso para repasar, aunque sea brevemente, ciertas consideraciones históricas acerca de la génesis del mito del método científico.

Hasta la aparición de la obra de Copérnico, en el siglo XVI y la de Galileo, en el siglo XVII, el pensamiento o filosofía de la naturaleza, se centraba, casi exclusivamente en los escritos de Platón, Aristóteles, Demócrito y Plinio. Es a partir del siglo XVI cuando las reflexiones de los pensadores antiguos son reemplazadas gradualmente por la instauración progresiva de la observación sistemática de los fenómenos naturales y de las consecuentes explicaciones basadas en los hechos observados. Y, de este modo, fueron cobrando forma los prolegómenos de la ciencia moderna, en la medida que avanzaba el Renacimiento. Es así como fueron estableciéndose nuevas y hasta atrevidas hipótesis acerca de la astronomía, la biología, la física y la fisiología humana: fundamentándose en la observación sistemática y pormenorizada, cuyo énfasis institucionalizaría posteriormente el llamado “método experimental”.

La publicación del “Novum Organum” (2), supuso la primera piedra monolítica del dogmatismo científico. La observación de los hechos, su clasificación, sus interrelaciones y sus leyes universales, elevó al positivismo científico a cimas alejadísimas del discurso de los antiguos griegos y romanos. Se trataba de reunir datos sobre datos, sin teoría previa alguna que condicionara sus explicaciones posteriores. El “Novum Organum” fue la obra decisiva y la más influyente hasta 1892, fecha en que salió a la luz al “Grammar of Science” de Karl Pearson (3). La aportación de Pearson a la teoría de la ciencia, fue aún más determinante por su firmeza, que lo fuera Francis Bacon. En este matemático, el rigor se confunde con la rigidez: el método, y no el contenido, será el lugar donde se basa la unidad de las ciencias; las leyes, además de invariables serán consideradas de ámbito universal; la ciencia no abarca los niveles de conocimiento situados más allá de las impresiones sensoriales; la ciencia se enfrenta ante el mundo de las percepciones, considerándolo tal y como lo halla, pasando seguidamente a su breve descripción.

En síntesis, podemos decir que el objetivo de la ciencia, según los citados autores, consiste en la observación libre de condicionamientos previos; la

observación imparcial y desapasionada de la naturaleza. Por otra parte, y este aspecto es capital, todo el mundo percibe los mismos hechos cuando observa un fenómeno, sin que en tal percepción intervenga el aprendizaje, la experiencia adquirida, la historia y el temperamento o carácter del individuo que observa, puesto que de ser así el conocimiento dejaría de ser “objetivo”.

Estas ideas siguen impartándose de modo religioso y religante.

Fue en 1934 cuando Karl Popper sacó a la luz “The logic of Scientific Discovery” (4). Si bien no perteneció al Círculo de Viena, sus investigaciones lógicas y epistemológicas, están muy próximas a dicho círculo. En contra de la teoría de la versificación del neopositivismo, Popper propone su teoría de la falsación, que constituye el núcleo de su racionalismo crítico. Rechaza la noción de probabilidad estadística y postula, en contra, una probabilidad lógica (no basada en el concepto de inducción). En tal sentido, Popper señalaba que enfatizar en el razonamiento inductivo a partir de los hechos observados, propio de los positivistas, obsesionados por hallar leyes universales “llevaba a la larga a un callejón sin salida”, puesto que necesariamente tenían que verse abocados a enfrentarse con la noción de HECHO. Para él las corrientes positivistas seguidoras de Pearson, en boga por los años veinte, de ser consecuentes consigo mismas, no hallarían otra alternativa que la de un autorrepliegue en el que la exigencia metodológica de atender a la irreductibilidad de los hechos necesariamente conduciría a presupuestos o apriorismos teóricos, con lo que se quebraba uno de los pilares fundamentales del positivismo.

PROBLEMAS EPISTEMOLOGICOS DEL CONDUCTISMO

En consecuencia, siguiendo el discurso popperiano, los psicólogos, podemos extraer una conclusión interesante: que el problema de lo que son los hechos observables se confunde necesariamente con el problema psicológico de qué es lo que percibimos, de ahí la falacia, como veremos más adelante, de no entender la percepción teñida de la subjetividad de quien percibe (concepto de proyección); como dijo el mismo Skinner: “Conducta es lo que esta haciendo un organismo, o, dicho con más precisión, lo que otro organismo observa que esta haciendo el primero” (5). Y es Novak quien, en esa misma línea, afirma lo siguiente:

“Se ha demostrado que la mayoría de las leyes conductistas sólo se cumplen bajo circunstancias especiales y que, básicamente, sólo tiene valor explicativo dentro de los marcos experimentales de los psicólogos, ciertamente no en el aula. Como sabe cualquier maestro, el sonido del timbre al final de la jornada escolar proporciona una respuesta muy diferente por parte de los estudiantes al sonido del mismo timbre al comienzo de la clase. La diferencia esta en el SIGNIFICADO INTERNALIZADO que tiene el sonido del timbre para los estudiantes, significado que no podemos entender si observamos solamente su conducta externa” (6).

1. Periferismo y operacionalismo

En definitiva, una de las tragedias de la psicología contemporánea radica en el compromiso excesivo con la observación de los hechos. La idea —obsesiva— de Watson era arrancar a la conducta de las tinieblas de las corrientes

subterráneas mentales en que estaba inmerso el método de la introspección para sacarla a la intemperie de la observación pública. Pero el problema con que tal intento se encuentra es el de la reducción o simplificación a términos operativos de regiones tan importantes del psiquismo humano como el sentimiento, el afán de poder, la agresividad, la pasión, el deseo, la ternura, la originalidad creadora, etc. Para lograr esa obsesión reductivista, el conductismo tuvo que comprometerse con la trasnochada doctrina filosófica del “periferialismo de la observación”, una doctrina fomentada, a su vez, por el postulado empirista de que únicamente los fenómenos visibles por TODOS pueden llevar la calificación de observaciones.

No cabe duda de que el periferialismo (o, también, periferismo), supuso una reacción positiva frente a corrientes irracionales seudomísticas o parateológicas, y que, en su momento, y, debido a esa razón, se entiende que prosperase en círculos intelectuales; incluso, fue útil para que prosperase el pensamiento crítico perseguidor de la comprensión de la conducta humana. Del mismo modo, en la actualidad, puede entenderse el predominio del conductismo en la última década como una reacción frente a ciertas posturas indudablemente dogmáticas adoptadas por ciertos seguidores del Psicoanálisis. El problema, sin embargo, radica en el carácter tardío de la adopción del conductismo entendido como reacción crítica. Téngase en cuenta que en el Estado español, que es al que nos referimos, las obras de Popper, por ejemplo, fueron traducidas con cerca de treinta años de retraso a partir de su publicación. Lo realmente penoso, además, es que la experiencia cotidiana nos enseña que frente al pretendido dogmatismo freudiano, el conductismo académico esgrime, a su vez, un paradójico antidogmatismo dogmático.

No cabe duda de que esta extensión forzada del periferialismo, está anclando a las facultades de psicología en un pasado anacrónico, impulsado por la organización jerárquico-funcional de un sistema departamental burocratizado impregnado por el espíritu —si es que ahí es capaz de caber el espíritu— de escalafón, donde la esclerosis intelectual, incluso entre los profesores jóvenes, forma parte del metabolismo funcional.

Existen académicos, que, impulsados mas por la pasión del poder, que por el afán de buscar la verdad, crean nichos científicos en forma de círculos aislados defensivamente, donde los argumentos de razón dejan paso a los de autoridad; nichos subvencionados económicamente, que, si bien es cierto que carecen de interés debido a lo obsoleto de sus desusados planteamientos, están haciendo un daño enorme, a causa de la seguridad que tienen en sus objetivos y en sus verdades absolutas. En este sentido, no nos resistiremos a transcribir una cita de Julio Caro Baroja extraída de su discurso inaugural del Instituto de Estudios Vascos de la Universidad de Deusto, el 21-11-1979:

“...Hemos conocido grandes hombres de ciencia que fueron un poco caciques al frente de un instituto o dentro de la investigación. Pero éste es un mal menor. El mal mayor sería que hubiera caciques que no fueran grandes hombres de ciencia. Y los suele haber, sin embargo.

Al fundar, pues, un nuevo Instituto de Estudios Vascos se han de tener en cuenta las experiencias que se hayan obtenido en otros órganos parecidos. La Escritura dice que Saúl, hijo de Quish, salió de la casa de su padre para recoger los ganados familiares y se encontró con un Reino. Lo malo sería salir de un Reino y encontrarse con unos humildes ganados” (7).

La segunda generación de conductistas, a los que podríamos denominar neo-conductistas, manifestó un júbilo menor que Watson en la consecución de una ciencia irrefutable fundamentada en la observación de la conducta pública:

“Las sospechas de estar haciendo una psicología trivial y, a la postre, poco científica, empezaron a hacerse mas vehementes en las mentes de los psicólogos durante los años 20. La misma objetividad de la psicología no parecía ser tan objetiva; además el campo de la teoría psicológica aparecía demasiado yermo. Había que reconducir la psicología, había que replantear el problema de la objetividad en sus relaciones con la teoría, ya que se pensaba —muy justamente, que la objetividad no se producía al nivel del mero registro de los datos, sino a nivel teórico” (8).

Así, con esas prevenciones, emergió esa época nueva de la psicología que, bajo el nombre de neo-conductismo, se distinguió como “época de la teoría”.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos renovadores de los neoconductistas, éstos no supieron emplazar sus presupuestos bajo la crítica de una verdadera reflexión epistemológica, sino que —y éste es el lastre arrastrado hasta el presente— bajo el terror de caer en manos de la Filosofía (la Filosofía es la “bestia negra” del conductismo), se orientaron hacia el movimiento operacionista. El operacionismo es una corriente de la moderna psicología norteamericana que, sin llegarse a definir como escuela toma como punto de partida la definición operacional. Este método ha pretendido clarificar especialmente la situación de la investigación en los procedimientos a base de la observación directa (introspección), tan combatida por el behaviorismo. Intentó abrir un camino provechoso de cara al estudio de los estados de conciencia, ya que, en lugar de referirse directamente a las vivencias privadas que experimenta el sujeto, se examinan operaciones controlables que conducen al establecimiento de relaciones constantes entre situaciones de estímulo y determinadas “reacciones discriminatorias”. Análogamente, se definió operacionalmente (Skinner) el reflejo condicionado así como las variables intervinientes (Tolman). No siempre fueron nuevos procedimientos, aunque pretendieron recibir con el operacionismo cierta configuración o aval desde el campo de la epistemología.

Con la aparición del operacionismo se quiso ver una garantía contra las ideas “confusas, equívocas y contradictorias”, pretendiéndose hacer con él la ciencia de las ciencias.

En síntesis, la definición operacional indica las operaciones que deben practicarse y lo que debe observarse para llegar a la confirmación de un aserto simple en el que figura el término que se define. Una definición operacional del nivel de la inteligencia consiste, por ejemplo, en la indicación de lo que debe hacerse para afirmar que “el sujeto A tiene el nivel de inteligencia b”. Una formulación puede ser, por ejemplo: “Si se administra al sujeto A el test X y se valora con el procedimiento Y, se obtiene para el sujeto el nivel de inteligencia b” (9).

Los críticos del neoconductismo consideran una mala filosofía la del operacionismo, ya que sus formulaciones se cimentan en una acusada circularidad, donde se llega a identificar el significado de un concepto con su definición operacional. El operacionismo, según estos críticos, fue transvasado a la psicología un tanto “candorosamente”; así tenemos que “la sed es el

tiempo que un organismo lleva sin beber; la inteligencia es lo que miden los test, etc.”.

El operacionalismo, lejos de clarificar la psicología, de purificarla, según era la pretensión del neoconductismo, lo que ha conseguido es sustituir una cosa poco clara por otra más oscura. Veamos lo que a este respecto dice García Prada en la obra que ya hemos citado:

“...No sabemos bien qué cosa es eso de la motivación. Teníamos de ella tal vez la exigua claridad que nos proporciona la experiencia directa del sentido común. Pero si ahora un psicólogo operacionista nos invita a desdeñar esa noción insegura y a sustituirla por el número de logros que un sujeto tiene en el test de Rorschach..., ¿qué hemos conseguido? Las complejas teorizaciones que hizo Hermann Rorschach son trasmutadas por la magia operacionista en algo observable: el número de veces que el sujeto, por ejemplo, da respuestas de movimiento en el test. La falacia está en tomar la cosa real por su medida, efectivamente, sabemos medirla. Esto es una ficción, una ficción ideológica, como dice Breger. El transplante del operacionalismo fue, a todas luces, desmesurado. El mismo Bridman, su fundador, lo vio así y previno a los psicólogos contra los excesos de su aplicación en psicología” (10).

2. La crítica de Castilla del Pino

Para este investigador, el nivel observacional es el referido a los sucesos o acontecimientos que calificamos como conductas; un nivel que es preciso resaltar que no parte de una epistemología cero; o, expresado en otros términos: no parte de una epistemología neutra. Castilla divide a los fenómenos o sucesos en diversas clases, y, sin derivar por derroteros clasificatorios, pasa a la consideración de un hecho epistemológico: la aceptación de que la psicología es un dominio distinto a la física. Ese hecho revela que contamos con una preteoría según la cual entre los sucesos que acaecen en el mundo, unos son psicológicos y otros no. Hay, por tanto, actividades, sucesos y acontecimientos que son conductas mientras que otros no lo son. De ahí se partirá hacia la siguiente axiomatización: “determinados actos observables tienen un sentido y éste es el que condiciona la respuesta a dicho acto”.

El supuesto preteórico de la existencia de actos con sentido, implica, por consiguiente, que haya otros actos que no poseen tal sentido, los cuales quedan al margen del dominio de la psicología. Los actos con sentido sirven para la relación, y, en tanto que propósito, dicha relación es inferible. En consecuencia, pertenecen al campo de la Psicología todos aquellos hechos merced a los cuales se establece una relación como propósito inicial, para cuya finalidad es preciso que la conducta tenga un significado, que sea significativa. Cualquier acto no significativa no es conducta, es, por tanto, de “naturaleza sónica”.

De estas afirmaciones, pasa Castilla del Pino a considerar el distinto camino que los neurofisiólogos y conductistas toman como punto de partida en su objetivo de evitar —aparentemente— todo apriorismo, a saber: “conducta es todo comportamiento organísmico consecutivo a un estímulo interno o externo”. Para Castilla esta afirmación es solamente legítima dentro del campo

de la observación animal y, en cualquier caso, opina que en ella debería eliminarse el término “conducta” y sustituirse por el de “actividad”.

En resumen, para Carlos Castilla del Pino, el nivel observacional de sucesos en psicología, queda constituido por todas aquellas actividades que resulten ser conductas, una vez aplicado el axioma de la significatividad.

Considerándose a la conducta como perteneciente a un “tipo” o “clase” de actividad, de ahí se puede colegir que las condiciones presupuestas para la conducta son las mismas que presuponen cualquier otra actividad del organismo. De este modo configura Castillo del Pino su corolario:

“Si las actividades en general de un organismo presuponen el nivel biológico de organización, la conducta como tal actividad, lo presupone también. La conducta, pues, es una actividad de naturaleza biológica o de condición biológica”.

Esta inferencia o conclusión acerca del nivel observacional, permite introducir la investigación de la biología en el campo de la psicología, aunque únicamente en orden a la dilucidación de la NATURALEZA de la conducta y no tanto a lo que respecta la CUALIDAD de la conducta en tanto que significativa (como sentido o intencionalidad). En tal sentido, Castilla del Pino considera FALSO el planteamiento alternativo: o psicología biológica o psicología etodinámica. El equívoco, radicaría en su carácter de alternativa en lugar de “jerarquía de niveles de organización”. Y apoya su aserto a través del siguiente símil:

“El acto de conducta que implica la noticia que recibo en la mañana de hoy, ‘llegaré fin de semana’, es de naturaleza fisiológica, puesto que esta noticia ha excitado mi retina, y los impulsos nerviosos caminan hacia los centros por nervios ópticos, cintas, quiasma, radiaciones, etc. Parece claro que la intención de esta conducta, ‘noticia’, precisa de todo ello como condición, pero no es suficiente porque a ello hay que añadir la convención social de que está escrita en castellano, lengua que me es propia. Es de imaginar que escrita en chino, las condiciones fisiológicas no habrían conducido al significado de la intelección de la frase.”

Del anterior corolario, Castilla del Pino deriva seguidamente el segundo: “Dada la naturaleza fisicoquímica de toda actividad biológica, la conducta, que es una clase de actividad, puede ser estudiada en sus niveles moleculares”.

La psicología queda demarcada por todos aquellos sucesos que puedan ser incluidos en el axioma de la significatividad, en tanto que las indagaciones que se siguen de los dos primeros corolarios, pertenecen a los campos de la neurofisiología y a la neurofisiología. Si bien el objeto de éstas persigue no la aprehensión del propósito o intencionalidad de los actos, sino la naturaleza de los mismos, que en el primer caso es biológica y fisicoquímica en el segundo.

CONCLUSION

“COMO CONSECUENCIA DE TODO CUANTO HEMOS DICHO, DEMARCAMOS EL DISCURSO PSICOPATOLOGICO EN SENTIDO Estricto EN LA CONDUCTA COMO SIGNIFICANTE. LOS OTROS

DOS NIVELES PRESUPUESTOS SON, RESPECTIVAMENTE, EL DISCURSO BIOLÓGICO Y EL FÍSICO. ES UNA INCONSECUENCIA LÓGICA EL SALTO DE UN DISCURSO A OTRO CON LA PRETENSION DE ABSORBERLO BAJO LA EXCUSA DE QUE EL GRADO DE CIENTIFICIDAD ALCANZADO EN UNO PERMITIRLA TRASPASARLO A OTRO. HABLAR BIOLÓGICAMENTE O FÍSICAMENTE DEL SENTIDO DE UNA CONDUCTA SERIA TANTO COMO ACUDIR AL LARINGÓLOGO COMO EL SUJETO IDONEO PARA LA COMPRESION DE LO QUE DOS SUJETOS HABLAN ENTRE SI”.

Diagrama de los niveles de organización de la conducta

NIVELES

Sociológico	sujetos-medio social
Psicológico	sujeto-objeto
Biológico	organismo-medio
Químico	molecular (interatómico)
Físico	atómico

Creemos que a través de la exposición sintetizada del pensamiento de Carlos Castilla del Pino, hemos clarificado aún mas nuestra postura criticista acerca del positivismo conductista. Es cierto, como lo acabamos de ver, que a través de la mera observación, es hartamente dificultoso inferir procesos que impliquen intencionalidad, propósito o significatividad de las conductas. Inferir un contexto a partir de una observación conductual, siempre será una opción, una conjetura. El observador no puede “per se” situarse dentro del marco contextual total de la conducta observada; observa el acto, no el proceso del acto. Pero aún a pesar de tal escollo, la necesidad de inferir es incuestionable; su necesidad salta a la vista. Es a partir de este cuestionamiento donde las teorías se bifurcan:

1. TEORIAS EXPLICATIVAS: Dan cuenta de lo estrictamente observable.
2. TEORIAS COMPRESIVAS: Dan cuenta de los procesos inferibles.

Quienes seguimos el método proyectivo, nos situamos dentro de la órbita de la segunda opción, ya que pensamos, que a la hora de captar el sentido de lo inobservable, es preciso un salto desde la simple postura empírica hacia las relaciones que el sujeto trata de establecer a través de su acto conductual. Pensamos que si de verdad pretendemos llegar al núcleo —o, por lo menos, aproximarnos a él— de lo que el ser humano sea, la interpretación es inevitable. La interpretación se cimenta en lo mas humano que posee el investigador: la razón. Orillar la interpretación seria tanto como marginar la razón; entonces la ciencia dejaría de ser ciencia humana. Este es nuestro inevitable riesgo.

LAS EXPLICACIONES COGNITIVAS

La historia de la psicología, pone de manifiesto cómo el coste que la ciencia psicológica hubo de pagar en su búsqueda de la “objetividad científica”

fue demasiado alto. La precisión empírica del conductismo supuso un reduccionismo radical insufrible por su drasticidad. De ahí que surgieran nuevas corrientes que reclamaran el retorno al paraíso perdido de “lo mental”. Fue así cómo surgió la reacción del cognitivismo.

El cognitivismo viene a ser, según sus mentores:

“El análisis científico de los procesos mentales y estructura de memoria humana con el fin de comprender la conducta humana”... “Sólo puede utilizar los métodos de la ciencia”... Su base es lo observable: “por esa razón, los psicólogos cognitivos tienen que diseñar métodos científicos para observar la vía mental”.

“La psicología cognitiva estudia lo que ocurre dentro de la cabeza de una persona cuando realiza una tarea determinada —es decir, procesos mentales— y el modo en que la persona almacena y utiliza su conocimiento para realizar la tarea —es decir, las estructuras mentales—”... “El objetivo de la psicología cognitiva es describir los sucesos cognitivos con claridad y precisión, para predecir y comprender mejor la conducta humana. Por ejemplo, estudiamos los procesos que subyacen a la resolución de problemas aritméticos para posteriormente poder predecir y comprender mejor la conducta humana” (12).

El cognitivismo, en su objetivo de alejarse de los planteamientos conductistas, forjó su marco teórico a través de la sintetización de diversos métodos formalistas que aparecieron después de la II Guerra Mundial: el procesamiento de la información, los debates psicolingüísticos, la inteligencia artificial, etc.; un conglomerado de teorías no conductistas que, como afirma García Prada, vinieron a ser las “soluciones de recambio” del conductismo.

El cognitivismo —tégalo en cuenta los opositores a cátedras de psicología— es, de momento, la teoría psicológica oficial dentro del mundo académico. En ella tienen gran relevancia los modelos de los ordenadores digitales como ejemplo de almacenamiento memorístico: el proceso a través de que el “input” de la estimulación sensorial es transformado, más bien, metabolizado, simplificado, procesado, archivado y, posteriormente, utilizado.

Cognitivismo y conductismo poseen el mismo denominador común: el mecanicismo. Este, como es sabido, es un sistema filosófico que explica cualquier tipo de realidad según las leyes mecánicas del movimiento. El mecanicismo afirma que las distintas entidades de la naturaleza pueden explicarse por combinaciones entre sus elementos componentes expresables por las leyes del movimiento y que, por lo tanto, las consideraciones cualitativas sobre éstas son reducibles a consideraciones de tipo cuantitativo.

No cabe duda de que la orientación cognitiva ha supuesto por lo menos un intento de “vuelta al sujeto”. Sin embargo es preciso salir al paso de que el modelo de la computadora como almacenadora de información, sólo es equiparable a la mente humana, siempre que sea a costa del reduccionismo mecanicista. Por lo tanto, el cognitivismo es una moda que también fue moda en la filosofía griega, desde el atomismo de Demócrito.

Opinamos, como García Prada, que es un empeño estéril el que los psicólogos traten de gastar su tiempo y recursos en el intento de querer explicar los singulares ejercicios de esa máquina universal y maravillosa que es la mente humana; porque, de proseguir ese objetivo con semejantes modelos, el cognitivismo, como toda corriente mecanicista, caerá irremisiblemente en una interminable casuística de especificidades (átomos) conductuales que, persi-

guiendo —igual que un Edipo peregrino siempre detrás de la esfinge— el logro de la simulación completa del conocimiento y las habilidades del ser humano a través de la computadora, conducirían “ad infinitum” al proceso del psicodiagnóstico.

Si llamar “tradicional” al psicodiagnóstico de Rorschach (1922) basándose en el cientismo baconiano del siglo XVII, era ya una aberrante contradicción de los psicólogos seguidores de la “evaluación conductual”. ¿Qué podríamos decir de quienes empleando idénticos términos descalificadores, fundamentan su “modernidad” en el mecanismo atomista del griego Demócrito, cuyos biógrafos sitúan su aparición en este planeta durante el siglo V a. de C.?

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. BUNGE, M.: “Epistemología”, Ariel, Barcelona, 1980.
2. BACON, F.: “Novum Organum”, Ariel, Barcelona, 1980.
3. PEARSON, F.: “The grammar of science”, Adam Charles, London, 1900.
4. POPPER, Karl.: “The logic of scientific discovery”, Basic Books, New York, 1959.
5. SKINNER, B.: “La conducta de los organismos”, Fontanella, Barcelona, 1973.
6. NOVAK, J.: “Comparison of two methods of teaching a college general botany course”, Tesis doctoral, Minnesota 1959.
7. Agradezco a la profesora de la Universidad de Deusto, Dra. M. A. Larrea, el acceso a este documento.
8. GARCIA PRADA, J. (Col): “Las ciencias y sus métodos”, Adriana, Madrid, 1980.
9. Ver DORSCH, J.: “Diccionario de psicología”, Herder, 1982.
10. GARCIA PRADA, J.: L. C. P. 88.
11. CASTILLA DEL PINO, C.: “Introducción a la psiquiatría”, volumen 1, págs. 61 y ss., Alianza Universal, Madrid, 1980.
12. MAYER R.: “El futuro de la psicología cognitiva”, Alianza Psicología, Madrid, 1985.